

en el Wurtemberg, en el ducado de Baden, en el Hohenzollern y en la provincia de Starkenberg (Hesse). En general, los bosques comunales están bien cuidados en Alemania, y en millares de municipios se reparte cada año entre sus habitantes toda la madera de construcción y la leña. La vieja costumbre del *Lesholztag* está muy extendida: cuando tañe la campana del pueblo, todo el mundo va al bosque y se procura cuanta leña puede llevarse. En Westfalia hallamos municipios en los cuales todo el terreno se cultiva como si fuese una sola propiedad común y con todos los perfeccionamientos de la agronomía moderna. Respecto a las viejas costumbres comunales, puede decirse que están en vigor en la mayor parte de Alemania. El llamamiento de «ayudas», es habitual en Westfalia, en el Hesse y en Nassau. En las regiones bien pobladas de bosque, toda la madera de construcción para edificar una casa nueva se saca del bosque comunal y todos los vecinos se juntan para construir la casa. Estas costumbres de mutuo apoyo se encuentran hasta en los alrededores de las ciudades: los jardineros de los arrabales de Francfort tienen la costumbre cuando uno de ellos cae enfermo, de ir juntos el domingo a cultivar su jardín.

En Alemania, igual que en Francia, desde que los gobiernos suprimieron las leyes contra las asociaciones de campesinos—en 1884-1888—comenzaron a desarrollarse estas uniones con maravillosa rapidez, a pesar de todos los obstáculos legales con que se intentó detenerlas. «El hecho es—escribió Buchenberg—que en millares de municipios rurales, donde eran desconocidos el abono químico y el forraje racional, son de uso corriente estos dos perfeccionamientos y han tomado una extensión imprevista, gracias a las asociaciones» (II, 507). Estas asociaciones adquieren hoy toda clase de instrumentos que economizan trabajo, máquinas agrícolas y las mejores razas de animales y establecen convenios para mejorar la calidad de las tierras. Creáronse también uniones para la venta de los productos agrícolas y para la mejora permanente de los terrenos.

Desde el punto de vista de la economía social, todos

estos esfuerzos de los campesinos son, ciertamente, de poca importancia. No pueden aliviar de modo efectivo, y menos aún definitivamente, la miseria a que están condenados en toda Europa los cultivadores del suelo. Pero desde el punto de vista moral en el cual nos colocamos en este momento, su importancia es de gran estima. Demuestran que, aun bajo el sistema del individualismo sin freno que hoy prevalece, las masas conservan piadosamente sus tradiciones de apoyo mutuo. Desde el instante que los gobiernos aflojan las leyes de hierro con que rompieron todos los lazos entre los hombres, estos lazos se reanudan inmediatamente, a pesar de las dificultades políticas, económicas y sociales, que son numerosas y que se reconstituyen con las formas que mejor responden a las necesidades modernas. Demuestran en qué dirección y bajo qué forma debe lograrse el progreso ulterior.

Fácilmente podría multiplicar estos ejemplos sacándolos de Italia, de España, de Dinamarca, etcetera, indicando ciertos rasgos interesantes que son propios de cada uno de estos países. Las poblaciones slavas de Austria y de la península de los Balkanes, en las cuales la «familia compuesta» u «hogar indiviso» aún subsiste, deberían asimismo ser mencionadas. Pero me apremia pasar a Rusia, donde la misma tendencia de mutua ayuda toma ciertas formas nuevas e imprevistas. Además, respecto al municipio rural ruso tenemos la ventaja de poseer una cantidad enorme de materiales, reunidos durante la colosal investigación que de casa en casa efectuaron, recientemente varios *zemstvos* (concejos provinciales), y que abarca una población de cerca de veinte millones de campesinos en diferentes regiones.

Dos importantes conclusiones pueden sacarse de la masa de los testimonios reunidos por las investigaciones rusas. En la Rusia central, donde un tercio por lo menos de los campesinos han sido reducidos a una ruina completa (por los gravosos impuestos, la demasiado pequeña dimensión de las parcelas concedidas a los campesinos cuando su emancipación, un alquiler excesivo y los muy severos cobros de impuestos cuando las cosechas faltaron), hubo,

durante los primeros veinticinco años que siguieron a la emancipación de los siervos, en el seno mismo de los municipios rurales, hubo, repito, una marcada tendencia hacia la constitución de propiedades individuales. Muchos campesinos arruinados, sin caballos, abandonaron la tierra a que tenían derecho en el municipio, y esta tierra se convirtió a menudo en propiedad de esta clase de campesinos más afortunados que se enriquecen con el comercio, o de comerciantes de fuera que compran la tierra para sacar alquileres excesivos a los campesinos. Es necesario asimismo agregar que un vicio en la ley de 1861 concerniente al rescate de la tierra, presentaba grandes facilidades para la compra a infimo precio de las tierras de los campesinos. El rescate debía ser pagado por anualidades en el transcurso de cuarenta y nueve años. A medida que pasaban los años y que la mayor parte de la suma quedaba pagada, era mucho más fácil «rescatar» la pequeña parte que faltaba pagar, y como cada lote de terreno podía ser rescatado separadamente, los traficantes se apresuraron a beneficiarse comprando a los campesinos arruinados la tierra por mitad de su valor. Después se promulgó una ley para poner término a estas maniobras. Casi siempre los funcionarios empleaban su poderosa influencia a favor de la prosperidad individual y contra la propiedad comunal. No obstante, en los últimos veinte años se dejó sentir nuevamente un poderoso viento de oposición a la apropiación individual de la tierra en los pueblos de la Rusia central y la masa de los campesinos que forman el término medio entre los ricos y los muy pobres hace titánicos esfuerzos para defender el municipio rural. Tocante a las fértiles llanuras del Sur, que actualmente constituyen la parte más populosa y la más rica de la Rusia europea, fueron en su mayor extensión colonizadas durante el siglo XIX, bajo el sistema de ocupación o de apropiación individual, sancionada por el Estado. Pero desde que se introdujeron en la región los métodos perfeccionados de agricultura con auxilio de las máquinas, los propietarios campesinos han comenzado poquito a poco a transformar ellos mismos sus propiedades individuales en posesiones comunales, y hoy se encuentra, en este granero

de abundancia de la Rusia, un gran número de Comunes rurales de origen reciente que se ha formado espontáneamente.

La Crimea y la región situada al Norte de la Crimea (la provincia de Taurida), sobre las cuales poseemos documentos detallados, son un excelente ejemplo de este movimiento. Este territorio comenzó a ser colonizado, después de su anexión en 1783, por pequeños y grandes rusos, por habitantes de la Rusia Blanca y por cosacos, y por hombres libres y siervos fugitivos que llegaron aisladamente o en pequeños grupos de todos los lados de Rusia. Ocupáronse primero en la cría de ganados, y cuando más tarde comenzaron a cultivar el terreno, cada uno cultivaba tanto como sus medios se lo permitían. Pero a medida que la inmigración continuaba y se introducían los arados perfeccionados, la tierra fué muy solicitada y entre los colonos surgieron las disputas. Estas duraron años, hasta que los colonos, que antes no estaban unidos por ningún lazo mutuo, resolvieron poner término a las disensiones creando la propiedad comunal de la tierra. Adoptaron acuerdos estipulando que la tierra que poseían individualmente sería en adelante propiedad comunal y la repartieron entre los habitantes según las reglas habituales del municipio rural. A poco el movimiento adquirió una gran extensión y sobre una parte tan sólo de este territorio las estadísticas contaron 161 pueblos en los cuales la propiedad comunal había sido establecida por los mismos propietarios campesinos, principalmente durante los años 1855-1885, sustituyendo a la propiedad individual. De este modo los colonos crearon libremente toda una variedad de tipos de municipios rurales. (En ciertos casos procedieron con gran circunspección. En un pueblo pusieron en común todos los prados y únicamente una pequeña parte de campos (dos hectáreas por individuo); el resto continuó siendo propiedad individual. Más tarde, en 1862-1864, se extendió el sistema, y en 1884 quedaba ya la posesión comunal establecida por completo.) Lo que da más interés a esta transformación es que se efectuó no tan sólo entre los grandes rusos habituados a la vida del municipio rural, sino entre los pequeños rusos que tuvieron tiempo de olvidarla

estando bajo el dominio polonés, entre los griegos, los búlgaros y hasta entre los atémanes. Estos últimos crearon hace tiempo en sus prósperas colonias, sobre el Volga, un tipo especial de municipio rural semiindustrial.

Los tártaros musulmanes de la Taurida poseen sus tierras según la ley consuetudinaria musulmana, o sea la posesión personal limitada, pero hasta entre ellos se ha introducido en algunos casos el municipio rural europeo. Referente a las demás nacionalidades que se encuentran en la Taurida, la propiedad individual ha sido abolida en seis pueblos esthonianos, dos griegos, dos búlgaros, uno tcheque y uno alemán.

Este movimiento es característico en toda la fértil región de las estepas del Sur. Pero también se encuentran ejemplos aislados en la Pequeña Rusia. Así, en cierto número de pueblos de la provincia de Tchernigov los campesinos eran antes propietarios personales de sus tierras; tenían títulos legales distintos para sus terrenos y estaban acostumbrados a alquilar y vender sus tierras a voluntad. Pero hacia el año 1850 se dibujó entre ellos un movimiento a favor de la posesión comunal, dando por principal argumento el número siempre creciente de familias indigentes. Un pueblo tomó la iniciativa y los demás siguieron; el último caso señalado data del año 1882. Claro está que hubo luchas entre los pobres, que suelen reclamar siempre la posesión comunal, y los ricos, que generalmente prefieren la propiedad individual, y estas luchas duraron a veces muchos años. En ciertos sitios era imposible recabar la unanimidad que entonces exigía la ley, y el pueblo se dividía en dos, uno bajo el régimen de la propiedad individual y otro bajo el de la posesión comunal, viviendo así hasta que nuevamente se juntaban en un solo pueblo, o continuando divididos. Referente a la Rusia central, es un hecho que en muchos pueblos que tendían a la propiedad individual se observa desde 1880 un acentuado movimiento en pro del restablecimiento del Común rural. Proprietarios campesinos que hacía años vivían bajo el sistema individualista optaron en masa por volver a las instituciones comunales. Hay un número considerable de ex siervos que no recibieron más que una

cuarta parte de los lotes otorgados por la ley de emancipación, pero los recibieron libres de todos los derechos de rescate y en propiedad individual. Bajo este régimen tuvieron hasta 1890, pero luego se produjo entre ellos un gran movimiento (en las provincias de Kursk, Riazan, Tambov, Orel, etc.) en pro de poner en común sus lotes y de la introducción del Común rural. De igual modo los «agricultores libres» (*volnyie khlebovachtsy*) emancipados de la servidumbre por ley de 1803, que habían comprado sus lotes para cada familia separada, actualmente viven bajo el sistema del Común que ellos mismos introdujeron. Todos estos movimientos son de origen reciente y a ellos se juntan nuevos rusos extranjeros. Los búlgaros del distrito de Tiraspol introdujeron el Común rural durante los años 1876-1882, después de haber vivido durante sesenta bajo el sistema de la propiedad personal. Los atémanes menonitas de Berdiansk luchaban en 1890 para obtener el Común lugareño y los pequeños propietarios campesinos (*kleinwirthschaftliche*) entre los bautistas alemanes se agitaban en igual sentido.

Otro ejemplo: el Gobierno ruso creó en la provincia de Samara (1840) y a título de experimento 103 pueblos bajo el régimen de la propiedad individual. Cada familia recibió una espléndida propiedad de 40 hectáreas. En 1890, los campesinos de 72 pueblos de entre aquellos 103, notificaron su deseo de introducir el Común rural. Cojo todos estos ejemplos de la excelente obra de «V. V.», que se limitó a clasificar los hechos aportados en la investigación de que hemos hablado más arriba.

Este movimiento a favor de la posesión comunal va en redondo contra las teorías económicas corrientes, según las cuales el cultivo intensivo es incompatible con el Común rural. Pero todo lo que caritativamente puede decirse de estas teorías es que jamás han sido sometidas a la prueba de la experiencia: pertenecen al dominio de la metafísica política. Los hechos que acabamos de presentar nos enseñan, al contrario, que en todas partes donde los campesinos rusos son menos miserables que de ordinario gracias al concurso de ciertas circunstancias, y en todas partes donde encuentran hombres instruidos y de

iniciativa entre sus vecinos, el Común rural resulta el mejor medio de introducción de los perfeccionamientos variados en la agricultura y en el conjunto de la vida del pueblo. Aquí, como en otras partes, el apoyo mutuo es mejor guía hacia el progreso que la guerra de cada uno contra todos. Verémoslo en los hechos siguientes.

Bajo el gobierno de Nicolás I muchos funcionarios de la corona y propietarios de siervos obligaban a los campesinos a adoptar el cultivo en común de una parte de las tierras del lugar a fin de llenar cada año los graneros de provisiones comunales después de haber prestado grano a los miembros necesitados. Estos cultivos, que en el espíritu de los campesinos iban unidos a los peores recuerdos de la servidumbre, fueron abandonados tan pronto como la servidumbre quedó abolida; pero hoy los campesinos los van reanudando por su propia cuenta. En el distrito de Ostrogojsk, gobierno de Kursk, bastó la iniciativa de una sola persona para hacer revivir el cultivo comunal en las cuatro quintas partes de todos los pueblos. Idéntico fenómeno se observa en otras localidades. El día determinado los miembros del Común se marchan al trabajo: el rico con su arado y su carro, el pobre no aportando más que el trabajo de sus brazos, y no se efectúa evaluación ninguna del trabajo de cada uno. La cosecha sirve luego para hacer préstamos a los más pobres del pueblo, sin imponer condiciones de devolución, o bien se destina su producto al sostén de los huérfanos y de las viudas, o se emplea en la iglesia, en la escuela, o sirve para pagar una deuda comunal.

(Existen cultivos comunales parecidos en 159 pueblos de los 195 del distrito de Ostrogojsk; en 150 de los 187 del de Slavianserbbsk; en 107 del de Alexandrovsk; en 93 de Nikolaievsk; en 35 de Elisabethgrad. En una colonia alemana el cultivo comunal sirve para pagar una deuda municipal. Todos se unen para ejecutar el trabajo, por más que la deuda fué contraída por 94 miembros de los 155 que contiene la colonia.)

Precisamente lo que debe esperarse de gentes que vivan bajo el sistema del Común rural es que todos los trabajos que entran, por decirlo así, en la vida diaria del

pueblo (conservación de caminos, canalización de las aguas de riego, tala de bosques, plantación de árboles, etc.) se ejecuten por municipios enteros, que el municipio alquile las tierras a los propietarios vecinos y que los prados los riegue el municipio, tal como describe Tolstoi: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos tomando parte en el trabajo. Son hechos que todos los días pueden observarse en toda la nación rusa. El municipio rural no se opone a los perfeccionamientos de la agricultura moderna cuando puede soportar los gastos y cuando los conocimientos, hasta el presente reservados a los ricos, penetran en la casa del campesino.

Acabamos de decir que los arados perfeccionados se extienden rápidamente por toda la Rusia meridional y que en muchos casos el mismo municipio contribuye a extender su empleo, comprando y ensayando el arado sobre una parte del terreno comunal. A menudo los mismos fabricantes hacen modificaciones, sugeridas por los mismos municipios, para vender los arados a bajo precio, como pequeña industria rural. En el distrito de Moscou, donde en cinco años los campesinos compraron 1.560 arados, el impulso vino de los municipios, que alquilaban tierras precisamente con el propósito de introducir un cultivo perfeccionado.

En el Nordeste (Viatka) las pequeñas asociaciones de campesinos que circulan con sus máquinas para el aecho (fabricadas por la pequeña industria en los pueblos de un distrito metalúrgico) han extendido el uso de estas máquinas para batir el grano que se encuentran en las provincias de Samara, Saratov y Kerson se debe a las asociaciones de campesinos, que se hallan en situación de poderlas comprar, mientras que no podría el campesino aislado. Y mientras leemos en todos los tratados de economía que el municipio rural estuvo condenado a desaparecer cuando el amelga Trienal tuvo que sustituirse por el amojonamiento quinquenal de los cultivos, vemos que muchos municipios rusos toman ellos mismos la iniciativa para introducir el amojonamiento perfeccionado de las cosechas. Antes de aceptarlo los campesinos reservan, por lo general, una parte de los campos comunales para expe-

rimentar los prados artificiales y el municipio compra las semillas (1). Si el experimento da resultado, el municipio vence todas las dificultades que le impedirían repartir los campos, de modo que se pueda aplicar el sistema de cinco o seis amelgas.

Este sistema se está usando en *centenares* de pueblos, de los gobiernos de Moscou, de Tver, Smolensk, Viatka y Pskv. (En la Rusia del Sur comienzan a fundarse asociaciones entre campesinos «sin caballos»). Otro hecho en extremo interesante es el repentino desarrollo, en el Mediodía de la Siberia occidental, de numerosas cooperativas lecheras para fabricar la manteca. A centenares surgieron en Tobolsk y en Tomsk, sin que se sepa de dónde partió este nacimiento. La iniciativa vino de los cooperativistas de Dinamarca, que tenían la costumbre de exportar su leche de buena calidad y comprar manteca de calidad inferior para su propio uso. Después de varios años introdujeron sus lecheras en Siberia y gracias a sus esfuerzos se han ido creando un importante comercio de exportación). Allí donde pueden disponer de un trozo de tierra los municipios dan una parte de su dominio para convertirla en verjales. En fin, la repentina extensión que últimamente han adquirido las pequeñas granjas modelo, los jardines, las huertas y las «magnaneries» creadas en las escuelas municipales, bajo la dirección del maestro de escuela o de un vecino de buena voluntad, se debe asimismo el apoyo que estas nuevas creaciones recibieron de los municipios rurales.

A menudo estos municipios emprenden trabajos de perfeccionamiento permanente, como dos riegos y las grandes remociones de tierra. En tres distritos de la provincia de Moscou—en gran parte industrial—se han efectuado durante estos últimos diez años grandes trabajos de remoción continua de tierras en 180 a 200 pueblos diferentes; todos los vecinos fueron a trabajar con sus azadones. A otro extremo de Rusia, en las secas estepas

(1) En el gobierno de Moscou el experimento solía hacerse en el campo reservado para el cultivo comunal arriba mencionado.

de Novo-uzen, se han construido más de un millar de diques para formar pantanos y centenares de pozos profundos. Y todo es obra del municipio. En una rica colonia alemana del Sudeste todos los miembros del municipio, hombres y mujeres, trabajaron durante cinco semanas seguidas para construir un dique de tres kilómetros destinado al aprovechamiento de las aguas. ¿Qué podría hacer aisladamente el hombre en esta lucha contra la sequedad del clima? ¿Qué hubiera podido obtenerse del esfuerzo individual cuando las marmotas invadieron la Rusia meridional y todos los habitantes de la región, ricos y pobres, comunistas e individualistas, tuvieron que poner juntos manos a la tarea para combatir dicho azote? Remedio inútil hubiera resultado llamar a los gendarmes del Estado; el único remedio era la asociación.

*

* *

Y observo que después de haber analizado el apoyo mutuo entre los campesinos de los países que pretenden aparecer como mentores en la civilización, muy bien podría escribir un voluminoso libro con los ejemplos entresacados de la vida de los centenares de millones de hombres que están asimismo bajo la tutela de Estados más o menos centralizados, pero que no se hallan en contacto con la civilización moderna y las modernas ideas. Podría describir la organización interior de un pueblo turco y su red de admirables costumbres y de tradiciones de apoyo mutuo. Repasando mis notas llenas de ejemplos de la vida de los campesinos del Cáucaso, encuentro actos de apoyo mutuo muy conmovedores. Sigo la huella de idénticas costumbres en la *djemmâa* árabe y en la *parra* de los Afghanes, en los pueblos de la Persia, de la India y de Java, en la familia indivisa de los chinos, en los campamentos seminómadas del Asia central y en los nómadas del extremo Norte. Si consulto al azar mis notas sacadas de las obras referentes al Africa, las encuentro llenas de hechos semejantes: ayudas convocadas para

entrar las cosechas, casas construídas por todos los habitantes del pueblo, a veces para reparar los estragos causados por los filibusteros civilizados; siempre gente que se ayuda en caso de accidente, que protegen al viajero, y así interminablemente. Y cuando hojeo obras como el compendio de la ley consuetudinaria en el Africa, de Post, comprendo perfectamente por qué a pesar de toda la tiranía, la opresión, los bandidajes y los pillajes, las guerras entre tribus, los reyezuelos avaros, los hechiceros y los sacerdotes embusteros, los traficantes en esclavos y otras calamidades, comprendo entonces, repito, el por qué estas poblaciones no se han dispersado en los bosques, por qué han conservado una cierta civilización, y continúan siendo seres humanos, en vez de retrogradar al nivel de las familias dispersas de orangutanes, que tienden a desaparecer. El hecho capital es que los traficantes en esclavos, los ladrones de marfil, los reyes guerreros, los héroes que han adquirido su gloria exterminando matabeles o malgaches, todos estos pasan y desaparecen, dejando huellas de sangre y de fuego; pero el núcleo de las instituciones, los hábitos y las costumbres de apoyo mutuo, de ayuda recíproca, que se desarrollaron en la tribu y en el Común lugareño, estos quedan y mantienen los hombres unidos en sociedades abiertas al progreso de la civilización y dispuestas a recibirla cuando venga el día en que allí se la lleven verdaderamente y no a tiros como se hace ahora.

Y esto es una verdad asimismo en lo que afecta a nuestras naciones civilizadas. Las calamidades naturales y sociales vienen y desaparecen. Periódicamente se reducen poblaciones enteras a la miseria o a la hambre; las mismas fuerzas de la vida sécanse en millones de hombres, reducidos al pauperismo de las ciudades; la inteligencia, la razón y los sentimientos de millones de hombres están viciados por enseñanzas concebidas en interés de una minoría. Todo esto ciertamente forma parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, de hábitos y de costumbres de ayuda recíproca subsiste

viviente entre los millones de hombres de que se componen las masas y las mantiene unidas, prefiriendo atenerse a sus costumbres, a sus creencias y a sus tradiciones, antes que aceptar la doctrina de una guerra de cada uno contra todos, guerra que se les predica con el nombre de ciencia, pero que de ningún modo es la ciencia.